

MURRAY N. ROTHBARD



EL
CASO CONTRA
EL
BANCO CENTRAL

Rothbard ofrece un relato sucinto de los orígenes del dinero, demostrando por qué el dinero debe tener su origen en una materia prima. La banca se origina en los orfebres, que emitían certificados de depósito para el oro depositado en sus almacenes. A partir de esto se desarrolló un sistema de reserva fraccionaria, inherentemente propenso a la expansión y el pánico monetarios. A finales del siglo XIX, surgió un movimiento hacia la centralización bancaria tanto entre los «progresistas» como entre los banqueros, al ansiar estos últimos aumentar sus ganancias. A partir de esos planes, se desarrolló el Sistema de la Reserva Federal.

Rothbard muestra la influencia dominante de la familia bancaria de los Morgan en la concepción de la Fed. Durante el *New Deal*, los intereses de Rockefeller tuvieron la máxima influencia, con los intereses de los Morgan reducidos a la subordinación, aunque con un papel aún muy potente.

El libro concluye con una explicación del papel de la Fed a la hora de causar inflación y ciclos económicos. La abolición de esta nefasta institución debe ser parte de cualquier programa para una genuina reforma financiera.

Introducción: dinero y política

De lejos, la operación más secreta y menos obligada a rendir cuentas del gobierno no es, como uno podría esperar, la CIA, la DIA, o alguna otra agencia supersecreta de inteligencia. La CIA y las otras actividades de inteligencia están bajo el control del Congreso. Están obligadas a rendir cuentas: una comisión del Congreso supervisa sus actividades, controla sus presupuestos y es informada de sus operaciones encubiertas. Es cierto que las audiencias y actividades de la comisión están cerradas al público, pero al menos los representantes del pueblo en el Congreso aseguran que estas agencias secretas rindan ciertas cuentas.

Sin embargo es poco conocido que hay una agencia que supera a todas en secretos. El Banco Central no rinde cuentas a nadie; no tiene presupuesto; no está sujeto a ninguna auditoría; y ninguna comisión del Congreso conoce, o puede realmente supervisar, sus operaciones. El Banco Central, virtualmente en control absoluto del sistema monetario tan vital para la nación, no está obligado a rendir cuentas a nadie –y esta extraña situación, si es que acaso se conoce, es invariablemente considerada una virtud.

Así, cuando el primer presidente demócrata en más de una década tomó el poder en 1993, el inconformista y venerable demócrata presidente de la Comisión de Banca del Parlamento, el tejano Henry B. González, presentó con optimismo su proyecto favorito para abrir el Banco Central al escrutinio público. Sus propuestas eran suaves. No pedía un control completo del presupuesto del Banco Central. El proyecto de ley de González requería auditorías independientes completas de las operaciones del Banco Central, grabar en video las reuniones del comité de toma de decisiones del Banco Central, y la divulgación de informes detallados de esos encuentros en el plazo de una semana, en lugar de permitir al Banco Central, como sucede ahora, emitir vagos resúmenes de sus decisiones seis semanas después. Además, los presidentes de los doce Bancos de la Reserva Federal serían elegidos por el presidente de los Estados Unidos en lugar de, como son ahora, por los bancos comerciales de las regiones respectivas.

Era de esperar que el presidente del Banco Central Alan Greenspan^[*] se opusiera a cualquiera de esas propuestas. Después de todo, está en la naturaleza de los burocratas resistir las interferencias a su poder. Fue más sorprendente el rechazo del proyecto de González por el presidente Clinton, cuyo poder, después de todo, hubiese aumentado con tales medidas. Las reformas de González, declaró el presidente, «corren el riesgo de disminuir la confianza del mercado en el Banco Central».

Esta reacción presidencial, aún siendo tradicional entre los mandatarios, resulta inquietante. Después de todo, ¿no depende una democracia del derecho de la gente a saber lo que pasa en el gobierno por el que tienen que votar? ¿No fortalecería la fe del público norteamericano en sus autoridades monetarias la transparencia total? ¿Por qué tendría el conocimiento público que «disminuir la confianza del mercado»? ¿Por qué depende «la confianza del mercado» en asegurar menos escrutinio público del

que se pide a los guardianes de secretos militares que podrían beneficiar a enemigos extranjeros? ¿Qué está pasando aquí?

La respuesta habitual del Banco Central y sus defensores es que cualquiera de tales medidas, aún marginales, limitaría la «independencia respecto a la política» del Banco Central; eso es invocado como una especie de verdad absoluta auto-evidente. El sistema monetario es altamente importante, se dice, y por tanto el Banco Central debe disfrutar de independencia absoluta.

«Independencia respecto a la política» suena bien, y ha sido una muletilla de propuestas a favor de la intervención burocrática y del poder desde la Era Progresista. La limpieza de las calles; el control de los puertos de mar; la regulación de la industria; la provisión de seguridad social; esas y muchas otras de las funciones del gobierno son consideradas «demasiado importantes» para estar sujetas a las veleidades de los caprichos políticos. Pero una cosa es decir que las actividades privadas o de mercado deben estar libres del control del gobierno, e «independientes respecto a la política» en ese sentido. Pero aquí estamos hablando de agencias y actividades *gubernamentales*, y decir que *el gobierno* debe ser «independiente respecto a la política» conlleva implicaciones muy distintas. Dado que el gobierno, a diferencia de la industria privada en el mercado, no está obligado a rendir cuentas a accionistas ni a consumidores. El gobierno sólo puede rendir cuentas al público y sus representantes durante su legislatura, y si el gobierno se vuelve «independiente respecto a la política» sólo puede significar que una esfera del gobierno se convierte en una oligarquía que se auto-perpetúa, que no rinde cuentas a nadie y nunca sujeta a la facultad del público de cambiar su personal o «separar a las manzanas podridas». Si ningún grupo ni persona, ya sean accionistas o votantes, pueden quitar de en medio a una élite de gobierno, entonces tal élite se hace más apropiada para una

dictadura que para un país supuestamente democrático. Y sin embargo es curioso como muchos auto-proclamados campeones de la «democracia», doméstica o global, corren a defender el susodicho ideal de la total independencia del Banco Central.

El congresista Barney Frank (demócrata de Massachusetts), un co-patrocinador de la proposición González, señala que «si uno toma los principios de los que habla la gente hoy en día», tales como «reformar el gobierno y hacerlo más transparente –el Banco Central los vulnera más que cualquier otra rama del gobierno». Entonces, ¿sobre qué base debe sostenerse el famoso «principio» de un Banco Central independiente?

Resulta instructivo examinar quiénes podrían ser los defensores de tal supuesto principio y las tácticas que utilizan. Presumiblemente una agencia política de la que el Banco Central quiere ser especialmente independiente es el Ministerio de Economía de los Estados Unidos. Y sin embargo Frank Newman, Subsecretario de Finanzas Domésticas del Ministerio de Economía del presidente Clinton, al rechazar la reforma de González, afirma: «El Banco Central es independiente y ese es uno de los conceptos subyacentes». Además, el *NY Times* añade un pequeño dato revelador al anotar la reacción del Banco Central a la propuesta González: «El Banco Central ya está trabajando entre bastidores para organizar batallones de banqueros que ahuyenten a aullidos los esfuerzos por politizar el banco central» (New York Times, 12 de octubre de 1993). Desde luego. ¿Pero por qué estarían esos «batallones de banqueros» tan dispuestos a movilizarse por la causa del control absoluto del Banco Central sobre el sistema monetario y bancario? ¿Por qué estarían los banqueros tan listos para defender a una agencia federal que les controla y regula, y que prácticamente determina las operaciones del sistema bancario? ¿No deberían los bancos privados querer algún tipo de revisión, de freno, a su amo y señor?

¿Cómo es posible que una banca regulada y controlada esté tan enamorada con el poder omnímodo de su propio controlador estatal?

Consideremos cualquiera otra industria privada. ¿No sería un pelín sospechoso si, digamos, la industria aseguradora, pidiera un poder ininquirible para sus reguladores estatales, o la industria de los camioneros el poder total para la ICC, o las compañías farmacéuticas estuviesen clamando a favor de la concesión de un poder total y secreto para el departamento regulador de lo suyo (Food and Drug Administration)? ¿No deberíamos sospechar de la extrañamente agradable relación entre los bancos comerciales y el Banco Central? ¿Qué está pasando aquí? Nuestra tarea en esta obra es abrir el Banco Central al escrutinio que desafortunadamente no tiene en la arena política.

El poder absoluto y la falta de obligación de dar cuentas del Banco Central son generalmente defendidas en base a un solo argumento: que cualquier cambio debilitaría el así llamado inflexible compromiso del Banco Central de librar una al parecer permanente «guerra contra la inflación». Éste es el *hocus pocus* de la defensa del poder desmedido del Banco Central. Las reformas de González, dicen los oficiales del Banco Central, podrían ser vistas por los mercados financieros «como debilitadoras de la capacidad del Banco Central para combatir la inflación» (New York Times, 8 de octubre de 1993). En posterior testimonio en el Congreso, el presidente Alan Greenspan desarrolló este punto. Los políticos y posiblemente el público, están eternamente tentados a expandir la provisión de dinero y por eso mismo a agravar la inflación de precios. Así, para Greenspan:

La tentación es pisar el acelerador monetario o al menos evitar el freno monetario hasta después de la elección siguiente... Ceder a dichas tentaciones muy probablemente le dará una tendencia inflacionaria a la economía y podría

llevar a inestabilidad, recesión y estancamiento económico.

La falta de obligación de dar cuentas del Banco Central, añadía Greenspan, es un precio pequeño a pagar por evitar «dejar la conducción de la política económica bajo la influencia cercana de políticos sujetos a la presión del ciclo electoral de corto plazo» (New York Times, 14 de octubre de 1993).

De modo que ahí está. En la mitología del Banco Central y sus defensores, el público es una gran bestia, siempre sujeta a cierta lujuria por inflar la oferta de dinero y por tanto por someter la economía a la inflación y a sus funestas consecuencias. Esos temidos y demasiado frecuentes inconvenientes llamados «elecciones» subyugan a los políticos a dichas tentaciones, especialmente en instituciones políticas tales como la Cámara de Representantes que se presentan ante el público cada dos años y son pues particularmente sensibles a la voluntad popular. El Banco Central, en cambio, guiado por expertos económicos independientes de la avidez del pueblo por la inflación, se mantiene firme y dispuesto para promover los intereses públicos a plazo largo capitaneando las almenas en una eterna lucha contra la Gorgona de la inflación. El público, en definitiva, está desesperadamente necesitado del control absoluto sobre el dinero por parte del Banco Central para ser salvado de sí mismo y de sus tentaciones y lujurias. Cierta economista monetario, que pasó buena parte de los años veinte y de los treinta del siglo XX montando bancos centrales a lo largo y ancho del Tercer Mundo, era llamado comúnmente *el médico del dinero*.[*] En nuestra presente edad terapéutica, quizás a Greenspan y a su hermandad les gustaría ser considerados «terapeutas» monetarios, generosos pero firmes expertos trabajadores a los que investimos con el completo poder de salvarnos de nosotros mismos.

Pero en esta administración de terapia, ¿dónde encajan los banqueros privados? Eso es muy claro, según los funcionarios del Banco Central. La proposición de González de que fuese el presidente, y no los banqueros regionales, quien nombrara a los presidentes regionales del Banco Central, haría, según estos funcionarios, «más difícil al Banco Central mantener la inflación baja». ¿Por qué? Porque el «camino seguro» para «minimizar la inflación» es «que los banqueros privados nombren a los presidentes de los bancos centrales regionales». ¿Y por qué es el papel del banquero privado un «camino tan seguro»? Porque, según los funcionarios del Banco Central, los banqueros privados «son a nivel mundial los enemigos más fieros de la inflación» (New York Times, 12 de octubre de 1993).

La visión del mundo que tiene el Banco Central y sus defensores está ahora completa. No sólo el público y los políticos están eternamente subyugados a la tentación de la inflación, sino que también es importante para el Banco Central mantener una buena relación con los banqueros privados. Los banqueros privados, los enemigos más fieros de la inflación, sólo pueden aunar la devoción eterna del Banco Central en la batalla contra la inflación.

Allí tenemos la ideología del Banco Central tal y como se presenta en su propaganda, así como respetadas correas de transmisión del *establishment* como el *New York Times* y en libros de texto o declaraciones de incontables economistas. Incluso aquellos economistas que quisieran más inflación aceptan y repiten la imagen que tiene el Banco Central de su propio papel. Y sin embargo todos los aspectos de esta mitología son lo contrario de la verdad. No podremos hablar correctamente de dinero, banca o Banco Central hasta que tal leyenda fraudulenta haya sido expuesta y demolida.

Hay sin embargo uno y sólo un aspecto de la común leyenda que es de hecho correcto: que la causa masiva-

mente dominante del virus de la inflación o inflamamiento crónico de precios es la inflación, es decir expansión, de la oferta de dinero. Igual que un incremento en la producción o la oferta de algodón llevará a que ese cultivo se haga más barato en el mercado, de ese mismo modo la creación de más dinero hace a sus unidades de dinero, a cada franco o a cada dólar, más barato y de menor valor en el poder de adquisición de bienes en el mercado.

Pero consideremos este hecho sobre el que todos están de acuerdo a la luz del mito antes expuesto acerca del Banco Central. Supuestamente tenemos el clamor del público pidiendo inflación mientras el Banco Central, resguardado por sus aliados los banqueros de la nación, resueltamente hace frente a ese clamor popular cortoplacista. ¿Pero cómo se supone que el público se las va a arreglar para lograr dicha inflación? ¿Cómo puede el público crear, es decir «imprimir» más dinero? Sería difícil, dado que sólo una institución social tiene legalmente permitido imprimir dinero. Cualquiera que intenta imprimir dinero está envuelto en el crimen capital de *falsificación de moneda*, que el gobierno federal toma muy seriamente. Mientras que el gobierno puede tener una visión benigna de todos los otros crímenes y agravios, incluyendo el robo, el asalto y el asesinato, y puede preocuparse acerca de la «juventud robada» del criminal y tratarle tiernamente, hay *un* grupo de criminales al que ningún gobierno jamás mima: los falsificadores de moneda. El falsificador de moneda es rastreado seriamente y eficientemente, y es confinado por mucho tiempo, pues comete un crimen que el gobierno se toma muy en serio. Está interfiriendo con la renta pública: específicamente con el poder monopólico del Banco Central de imprimir dinero.

«El dinero» en nuestra economía son trozos de papel emitidos por el Banco Central, en los cuales está grabado lo siguiente: «Este recibo es dinero de curso legal para todas las deudas, privadas y públicas». Este «recibo del Ban-

co Central» y ninguna otra cosa es dinero, y todos los vendedores y acreedores tienen que aceptar estos recibos, les guste o no.

Entonces si la inflación crónica que experimentan los americanos, y en casi cualquier país, es provocada por la continua creación de dinero, y *si* en cada país el «banco central» estatal (en los Estados Unidos la Reserva Federal) es la sola fuente monopólica y creadora de todo el dinero, ¿quién entonces es responsable de la desgracia de la inflación? ¿Quién sino la *misma* institución que tiene la facultad exclusiva para crear dinero, es decir el Banco Central de Reserva Federal (y el Banco de Inglaterra y el Banco de Italia y otros bancos centrales)?

En breve, incluso antes de examinar el problema en detalle, ya podemos vislumbrar algo de la verdad: la propaganda de que el Banco Central nos resguarda contra la amenaza de la inflación creada por otros, no es sino una estafa. El único responsable de la inflación, el Banco Central, está siempre creando alboroto acerca de «la inflación», de la cual prácticamente *todos los demás* en la sociedad parecen ser responsables. Lo que estamos viendo es el viejo ardid del ladrón que se pone a gritar ¡detengan al ladrón!, mientras corre por la calle apuntando a otros por delante. Empezamos a ver por qué ha sido siempre importante para los bancos centrales investirse a sí mismos con un aura de solemnidad y misterio. Ya que como veremos más ampliamente, si el público supiera lo que estaba pasando, si pudiera abrir la cortina que cubre al inescrutable mago de Oz, pronto descubriría que el Banco Central, lejos de ser la solución a la inflación, es el corazón y la causa del problema. Lo que necesitamos no es un Banco Central totalmente independiente y poderoso; lo que necesitamos es no tener ningún Banco Central.

La génesis del dinero

Es imposible entender el dinero y cómo funciona, y por lo tanto cómo funciona el Banco Central, sin atender a la lógica de cómo el dinero, la banca, y la Banca Central se desarrollaron. La razón es que el dinero es un caso único en poseer un vital componente histórico. Usted puede explicar las necesidades y la demanda de todo lo demás (pan, ordenadores, conciertos, aviones, asistencia médica, etc.) únicamente por cómo estos bienes y servicios son valorados ahora por los consumidores. Ya que todos estos bienes son valorados y adquiridos por su propio valor. Pero el «dinero» (dólares, francos, libras, etc.) es adquirido y aceptado en intercambio no por un valor que estas papeletas tengan *per se*, sino porque cada cual espera que todos los demás aceptarán estas papeletas a cambio. Y estas expectativas son creídas porque estas papeletas han sido realmente aceptadas en el pasado inmediato y en el más remoto. Un análisis de la historia del dinero es pues indispensable para el estudio de cómo el sistema monetario funciona actualmente.

El dinero no comenzó y nunca podría comenzar por medio de algún contrato social arbitrario, o por medio de

alguna agencia de gobierno decretando que todo el mundo tiene que aceptar las papeletas que ella emite. Ni siquiera la coacción podría forzar a la gente y las instituciones a aceptar unas papeletas sin sentido de las que no hubiesen oído hablar o no guardasen ninguna relación con ningún otro dinero preexistente. El dinero surge en el mercado libre, dado que los individuos, en el mercado, intentan facilitarse el proceso vital de intercambio. El mercado es una red, un entramado en el que dos personas o instituciones intercambian dos artículos diferentes. Los individuos se especializan en la producción de diferentes bienes o servicios y luego intercambian estos bienes en condiciones acordadas. Jones dispone un barril de pescado y lo cambia por el costal de trigo de Smith. Ambas partes hacen el intercambio porque esperan beneficiarse. Y así, el libre mercado consiste en una red de intercambios que son mutuamente beneficiosos en todo momento.

Pero este sistema «del cambio directo» de bienes útiles, o «trueque», tiene unas graves limitaciones con las que los intercambiadores pronto se topan. Suponga que Smith tiene aversión al pescado, pero a Jones, un pescador, le gustaría comprar su trigo. Jones entonces trata de encontrar un producto, digamos mantequilla, no para su uso propio, sino para revender a Smith. Jones está aquí implicado en un «intercambio indirecto», en el que no compra la mantequilla para uso propio, sino para el empleo como «un mediador», o término medio, en el intercambio. En otros casos los bienes son «indivisibles» y no pueden ser cortados en pedacitos para ser usados en el cambio directo. Suponga, por ejemplo, que a Robbins le gustaría vender un tractor y luego comprar una miríada de bienes diferentes: caballos, trigo, cuerda, barriles, etc. Está claro que no puede cortar el tractor en siete u ocho partes e intercambiar cada parte por un bien de los que desea. Lo que tendrá que hacer es implicarse en un «intercambio indirecto», es decir vender el tractor a cambio de

una materia más divisible, digamos 100 libras de mantequilla, y luego cortar la mantequilla en partes y cambiar cada parte por el bien que desea. Robbins estaría entonces usando la mantequilla como un mediador de intercambio.

Una vez que cualquier artículo en concreto comienza a ser usado como un mediador, se desarrolla un efecto espiral, o de bola de nieve. Si, por ejemplo, unas cuantas personas en una comunidad comienzan a usar mantequilla como un mediador, la gente asumirá que, en aquella región en particular, la mantequilla se está haciendo especialmente comercializable, o aceptable en el intercambio, y entonces pedirán más mantequilla a cambio para poder usarla como mediador, como medio. De modo que al irse volviendo más conocido su empleo como medio, su uso se incrementa, hasta que rápidamente el artículo se hace de uso común en la sociedad como medio de intercambio. Una materia que es de empleo general como mediador o medio de intercambio es definida como *dinero*.

Una vez que un bien se emplea como dinero, el mercado se amplía rápidamente y la economía se hace notablemente más productiva y próspera. La razón es que el sistema de precios se simplifica enormemente. Un «precio» es simplemente los términos del intercambio, la proporción de las cantidades de los dos bienes que son negociados. En cada intercambio, la cantidad X de una materia es intercambiada por la cantidad Y del otro. Tomemos el intercambio de Smith-Jones mencionado anteriormente. Supongamos que Jones cambia 2 barriles de pescado por 1 costal de trigo de Smith. En este caso, «el precio» del trigo en términos de pescado es 2 barriles de pescado por cada costal. A la inversa, «el precio» del pescado en términos de trigo es medio costal por barril. En un sistema de trueque, conocer el precio relativo de algo rápidamente se haría extremadamente complicado, así, el precio de un sombrero podría ser 10 barras de caramelo, o 6 barras de

pan, o 1/10 de un televisor y así sucesivamente. Pero una vez que un dinero es establecido en el mercado, todos y cada uno de los intercambios incluyen el artículo-dinero como uno de sus dos artículos. Jones venderá el pescado a cambio del artículo-dinero, y entonces «venderá» el dinero a cambio del trigo, zapatos, tractores, diversión o lo que sea. Y Smith venderá su trigo de la misma manera. Como resultado, cada precio será identificado simplemente en términos de su «precio en dinero», su precio en términos del artículo-dinero habitual.

Así, suponga que la mantequilla se ha convertido en el dinero de la sociedad mediante este proceso de mercado. En ese caso, todos los precios de bienes o servicios son identificados por sus precios-en-dinero respectivos; así, un sombrero se podría cambiar por 15 onzas de mantequilla, una barra de caramelo puede tener un precio de 1.5 onzas de mantequilla, un televisor a 150 onzas de mantequilla, etc. Si usted quiere saber cómo el precio de mercado de un sombrero se compara con otros bienes, usted no tiene que calcular cada precio relativo directamente; todo lo que usted tiene que saber es que el precio-en-dinero de un sombrero es el de 15 onzas de mantequilla o 1 onza de oro o cualquiera que sea el artículo-dinero, y entonces será fácil identificar los diversos bienes en términos de sus precios-en-dinero respectivos.

Otro problema grave con un mundo de trueque es que es imposible para cualquier negocio calcular su desempeño, si tiene ganancias o incurre en pérdidas, más allá de una estimación muy primitiva. Suponga que usted es una empresa y trata de calcular sus ingresos, y sus gastos, del mes anterior. Y usted enumera sus ingresos: «veamos, el mes pasado ingresamos 20 yardas de cuerda, 3 bacalaos, 4 cuerdas de trastos viejos, 3 costales de trigo, [...] etc., y gastamos: 5 barriles vacíos, 8 libras de algodón, 30 ladrillos, 5 libras de ternera». ¿Cómo demonios podría saber cómo le está yendo? Una vez que un dinero se establece